Retratos

ALBA VARELA LASHERAS[1]

La herencia de mi abuela: Dolores Pérez López, librera feminista

My grandmother's legacy: Dolores Pérez López, a feminist bookseller

Hace unas semanas, el 17 de noviembre, mi abuela me contaba que hace 69 años desaparecieron su madre y su padre durante un bombardeo fascista en Madrid a principios de la guerra civil. Ella tenía trece años.

¿Cuánto tiempo pasó esperando que volvieran del lugar a donde salieron juntos aquél día? ¿Llovía o era uno de esos días de noviembre en los que al sol se siente calor y se desabrocha una el abrigo?

¿Quién tiró esa bomba? ¿Por orden de quién?

Me lo contaba en la librería donde trabajo con ella desde hace cinco años. Es Lola de la Librería Mujeres, Dolores Pérez López, nacida en Madrid de madre gallega y padre de Guadalajara. Seguro que eran gente guapa, porque la belleza se hereda, y por lo mismo, gente inquieta.

Abrió su primera librería en el barrio de la Ventilla de Madrid, con mi madre Elena Lasheras Pérez y con su amiga, socia, compañera, Ana Domínguez Loschi. Ellas se conocían desde que coincidieron llevando a las niñas a la guardería –yo tenía tres años cuando murió Franco— y en la asociación de vecinas y vecinos del barrio y trabajando juntas en la librería de Mora, en el barrio de Fuencarral.

Las tres organizaron la Librería Fuencarral que vendía literatura, plantas, regalos y libros de texto, si hacía falta a plazos, y que tuvo un libro abierto de educación sexual en el escaparate. Y cada día pasaban una hoja.

Estaba en la calle Cañaveral, en un barrio de casas bajas y comercios pequeños, chicos a los que se les caía el carné de identidad atracando el estanco

1 Alba Varela Lasheras es periodista y trabaja en la Librería Mujeres, en la editorial horas y HORAS y en la Federación Española de Planificación Familiar; estudia el segundo curso de la Maestría online de Duoda (UB) y destacamos su actividad como escritora novel. También es matrona de la Fundación Entredós.

y lanati, amiga poeta de las libreras desde entonces. Yo la he heredado, con todas y todo lo demás.

La libertad se toma, tiene algo de atrevimiento, y a la vez es un gesto de confianza, de confiarse, fiarse de otras o de una misma. Y los gestos de libertad de mujeres juntas, son más que los deseos sumados de cada una de ellas. Se multiplican o se conjugan, se fermentan, se crecen. Lo he visto trabajando en la librería.

Luego tuvieron su segunda librería, La Colmena, en la calle Ginzo de Limia, donde abrió un poco más tarde uno de los primeros centros comerciales de la ciudad. Tenía un árbol en la puerta con una colmena, pintado sobre una tabla, y el papel y el símbolo era una abeja —flaca, lista, sonriente.

Así que mantuvieron los deseos vivos, sus proyectos animados, a base de seguir imaginando y pensando: «una vida será aquella que sepa discurrir por su tiempo, ser sobre todo una manera feliz de andar por el tiempo (...) a la manera despierta y libre», escribió María Zambrano.

Para cumplir estas palabras de la filósofa de la aurora, sabemos que leer ayuda, que leer es una fuente. Sostener la lectura es sostener el saber discurrir por el tiempo que te ha tocado vivir y es la mente despierta que sabe que es cuerpo. Trabajar en una librería, decidir ganarse la vida vendiendo libros es una decisión de mi abuela que me entusiasma.

Otro de los mandatos de la frase de Zambrano es ser feliz casi como obligación moral. Pero la terquedad en ser feliz no es fácil en un mundo que se empeña en indignarnos o dolernos, a veces las dos cosas a la vez. Dolores se indigna a menudo y charla un largo rato con sus conocidas y conocidos, conmigo, sobre las desvergüenzas y las vergüenzas que ocurren. Con las tragedias, es más esquiva.

Se ríe, cómo se ríe Lola... Fuerte y mucho. A menudo se parte, de verdad, con alguna amiga de la librería como Neus Albertos.

Sabe que sabe, pero no sabe todo lo que sabe. Se avergüenza con los cumplidos. Y la gente se los hace, incluida Neus Albertos —que sabe mucho de lo que sabe y es una maestra en lo que hace. Quiero decir que un cumplido suyo es un halago.

A la tercera y definitiva librería, llegaron en el 85, año más año menos, porque hace unos cuantos hicieron quince años en Librería Mujeres. La misma que en 1978 inauguraron Jimena Alonso y otras mujeres. Gracias a todas las que se implicaron en el deseo de que existiera una librería feminista, que fueron muchas, Dolores, Ana y Elena regentan esta hermosura-locura-sin duda alguna futura, librería.

Dolores Pérez López, mi abuela, tiene el pelo blanco, gafas y regazo grande, pero no es la abuela de nadie, nada más que de sus nietas. Es rápida y a la pregunta de cada vez menos hombres, siempre responde que «sólo pueden entrar los inteligentes».

Recomienda literatura a tres generaciones y es reconocida por sus conocimientos con la preferencia de mujeres y hombres, ha sido premiada con el premio a la mejor labor cultural de librerías madrileñas, el premio Dulce Chacón de Mujeres Progresistas y otras placas que están en la Librería. Es presidenta de la Asociación de Librerías de Mujeres Una Palabra Otra y de la Fundación Entredós, el último deseo alumbrado en la Librería por Elena Lasheras Pérez. En la Librería Mujeres de Lola, Ana y Elena, se han alumbrado la Agenda de las Mujeres desde 1991, la editorial horas y HORAS en el mismo año —con la primera colección de lesbianismo del país—, el Homenaje a las Republicanas —trescientas— en 1996 y los Premios de Narrativa Internacional de Mujeres «Una Palabra Otra», por citar las más impresionantes.

A veces tiene una fuerza y una presencia apabullantes. No sé si me da miedo heredarlas, estas herencias sin testamento que me da Lola, sin testamento porque no tienen condiciones, y porque las recibo cada día en el piel con piel del trabajo y los sueños que compartimos.

Recibido el 30 de noviembre del 2005
Aceptado el 28 de diciembre del 2005
BIBLID [1132-8231(2005)16: 261-264]